

formas elegantes de la vida social griega y la participación del bello sexo en la instrucción superior y en la vida social; pero en pos de estas ventajas llevó también los defectos y vicios antiguos de los griegos, entre otros la costumbre de tener *amigas*, mujeres independientes e instruidas, en Roma, por lo general libertas griegas, que recibían en su casa visitas y daban tertulias.

Mayor y más sólida y permanente fue la influencia que ejerció entonces y posteriormente el mundo griego en el romano con sus producciones literarias, que en aquella época volvieron a ser notabilísimas, así como con sus escuelas y academias, que florecían en todo el suelo griego y principalmente en Alejandría, en muchos puntos del Asia Menor y hasta en Atenas. Hombres como Dion de Prusa, llamado por su talento oratorio *Crisóstomo* (boca de oro), y los historiadores Apiano y Arriano, no cedían en nada a los mejores literatos y autores latinos de aquel período, exceptuando a Tácito. Dion (1) había nacido en Prusa, en Bitinia, a mediados del siglo primero y murió por el año 117. Era varón eminente, virtuoso, filósofo notable, perteneciente a la escuela estoica, orador brillante y escritor político-retórico, cuyos discursos escritos que han llegado a nosotros son hoy interesantísimos para ilustrarnos sobre el movimiento y las variaciones intelectuales de su época. Apiano, contemporáneo de Adriano y de Antonino Pio, y amigo de Fronto, había nacido en Alejandría; fue abogado en Roma, después empleado superior, al parecer gobernador, y director de la hacienda imperial en su país. Debe su celebridad póstuma a una *Historia de Roma*, que llega hasta el imperio y se ha conservado en parte. El autor agrupó el rico material en historias especiales, y en la de los romanos y pueblos por ellos sometidos dio preferente importancia al punto de vista etnográfico. Esta obra, por lo demás, no carece de defectos, algunos bastante graves. Mas notable como historiador, como crítico y consultor de fuentes es el excelente Flavio Arriano, de Nicomedia, el Jenofonte de aquella época, contemporáneo de los emperadores Adriano, Antonino y Marco Aurelio. Fue su maestro el célebre estoico Epicteto, con el cual privaba mucho en su juventud y cuya moral expuso posteriormente en obra muy bien redactada. Sirvió en el ejército romano con mucha distinción y fama de excelente táctico, y fue a fines del reinado de Adriano gobernador general de Capadocia. Entre sus escritos históricos es para nosotros hoy el más importante su descripción de las campañas de Alejandro Magno en Asia, la primera y única descripción verídica y crítica que ha llegado a nosotros de la colosal expedición de aquel gran rey, que cambió la faz política del mundo conocido entonces.

La figura más amable entre los literatos griegos europeos en el siglo primero, y en el reinado de Trajano, es ciertamente el celeberrimo Plutarco de Queronea, en Beocia, hijo de una familia respetable e instruida. Nació probablemente por el año 46, estudió en Atenas, donde tuvo por maestro al filósofo ecléctico Amonio, luego en Alejandría y finalmente en Roma. Hombre de gran talento natural, fue el autor más ameno, más instructivo y más fecundo de su tiempo. Desde Roma regresó a su país, donde se estableció permanentemente sin dejar de hacer muchos viajes con fines varios. Fue sacerdote de Apolo pitio, en cuya calidad estaba en relaciones íntimas con el templo de Delfos. Carácter puro y noble, quiso contribuir a perfeccionar y elevar al pueblo griego social y moralmente, a cuyo fin publicó un grandísimo número de escritos morales y filosófico-religiosos, en los cuales trató

(1) Llamado también Cocceyo en honor de su protector el emperador Cocceyo Nerva.

en lenguaje cariñoso asuntos de su tiempo. En otros escritos en estilo popular, trató materias espirituales y de la vida práctica y social. Este varón notabilísimo, igualmente querido en Grecia y en Roma, honrado con distinciones honoríficas por los emperadores Trajano y Adriano, y según se supone encargado por este último de un elevado puesto en Grecia, donde le alcanzó la muerte, debe su celebridad póstuma principalmente a sus biografías de personajes históricos, romanos y griegos, que publicó en tiempo de Trajano. La crítica moderna ha encontrado mucho que objetar a sus juicios sobre personas y sucesos, como igualmente a su exactitud histórica y a su estudio de las fuentes; pero ha dejado incólume el espíritu moral, el noble ardor y el cariño que respiran sus narraciones, el sincero amor con que trata a sus héroes y la vasta instrucción y delicado sentimiento estético de esta nobilísima lumbre del mundo griego en aquel período.

Más intensos y más admirados fueron los estudios puramente científicos que principalmente en el siglo II empezaron a dar fama universal a los centros instructivos de las grandes capitales de la costa occidental del Asia Menor y de Atenas; mas la fama de ninguna de estas ciudades igualó a la de Alejandría, que conservó su supremacía como emporio de las ciencias hasta el reinado de Antonino Pio. La universidad de esta metrópoli del comercio de Levante, sus grandes colecciones científicas, el museo de los Tolomeos aumentado por el emperador Claudio, sus celeberrimos profesores, sus escuelas filosóficas, filológicas, de gramática y elocuencia, y mas que todas ellas las de ciencias exactas, atraían a su recinto estudiantes de todas las partes del mundo entonces conocido. En Alejandría vivía entonces el astrónomo y geógrafo más grande de toda la antigüedad y de los tiempos modernos hasta hace pocos siglos, el celeberrimo Claudio Tolomeo, que floreció a mediados del siglo II. También en medicina superaron las escuelas de Alejandría a todas las demás, y siendo entonces grandísimo el deseo de tener médicos científicos, eran frecuentadas estas escuelas por un número inmenso de estudiantes, especialmente griegos, pues que los médicos griegos eran los más buscados.

Atenas, con toda su antiquísima y gloriosa fama, sus cuatro escuelas filosóficas (2), sus monumentos antiguos y modernos, sus costumbres sencillas y el lenguaje puro hasta de sus aldeanos, habría quedado completamente eclipsada si no hubiese tenido por fortuna su especialidad como maestra de la buena oratoria, que por la importancia que en aquel tiempo se volvió a dar a la elocuencia oral y pública formaba, según ya hemos visto, un ramo importantísimo en la enseñanza de todos aquellos que querían dedicarse al servicio del Estado y ambicionaban cargos públicos, ya de este último ya de los municipios. La retórica como base de toda educación e instrucción superior se mantuvo en toda la antigüedad hasta el reinado de Justiniano I. Con la muerte de Cicerón no había tenido la elocuencia de aparato otro representante digno de especial fama, ni ocasión para lucirse, porque el campo de los oradores quedó reducido a los tribunales y al Senado. Pero a principios del siglo II volvió a hacerse de moda la grandilocuencia antigua que se exhibía ante millares de personas dispuestas a oír y admirar. Por desgracia los nuevos oradores que desde principios del siglo II salieron de las escuelas del Asia Menor y luego de Atenas y de otros centros de instrucción, eran más actores y declamadores que oradores, y en lugar de tratar grandes asuntos políticos o jurídicos trataban únicamente de halagar el oído y el gusto de sus oyentes, siendo sus discursos conciertos oratorios sin

(2) La platónica, la peripatética, la estoica y la epicúrea.

substancia. Solo conociendo la pasión de los antiguos griegos y romanos por las formas bellas hasta en el discurso, se comprende que esta moda de oír discursos calculados exclusivamente para halagar el oído, pudiera conservarse desde el reinado de Trajano hasta el de Teodosio I, es decir, hasta que la elocuencia sagrada del cristianismo con sus motivos grandiosos, desvaneció el brillo artificial de los antiguos artistas de la palabra.

Estos oradores artistas recibieron el nombre de *sofistas*, con que los griegos designaban en tiempo de Pericles y de Sócrates a los maestros de filosofía y retórica ambulantes que se ganaban la vida dando lecciones en las diferentes poblaciones que visitaban. Los modernos sofistas trataban solo por excepción materias de actualidad; se contentaban con hechos de la historia y motivos de la literatura antigua. Esta moda se hizo tan imperiosa que en los grandes centros de enseñanza debían adoptar la forma oratoria todas las demás ciencias, incluso la medicina, y poco faltó para que también la adoptara la jurisprudencia. Había oradores que recorrían todo el imperio donde se hablaba griego o romano, dando conferencias por dinero, y algunos consiguieron reunir grandes caudales; otros tenían domicilio fijo, una posición social importante y muchos un destino público elevado; pero esto no les impedía hacer frecuentes excursiones para dejarse oír, principalmente los de Atenas, en la capital del imperio y en diferentes ciudades de su país, ó en las fiestas nacionales que celebraban las diferentes poblaciones. Su ambición principal, sin embargo, consistía en conseguir un empleo de profesor en Atenas, ó en el Ateneo creado por Adriano en Roma, ó el de jefe de la sección griega de la cancillería imperial cerca de la persona del emperador. Los que eran hijos de familias distinguidas, dueños de una gran hacienda y muy apreciados en su pueblo, llevaban viajando una vida fastuosa; y los sedentarios, como profesores de retórica y de elocuencia superiores, enseñaban a la juventud la complicada y refinada ciencia del bien hablar y disertar en público, el arte de la improvisación, las nociones preparatorias y accesorias filológicas, literarias, históricas y estéticas, y por desgracia también los defectos de los artistas: la vanidad y la rivalidad mas exageradas y apasionadas.

En el Asia Menor fue Esmirna el gran centro del nuevo arte; allí florecía en la primera mitad del siglo II el célebre improvisador, orgullo de aquella ciudad, Antonio Polemon, de Laodicea. De allí pasó el arte a Atenas, donde en tiempo de Adriano fue su primer representante notable Loliano de Efeso y luego el discípulo de Polemon, aquel eminente Herodes de Maraton de quien hemos hablado. Antonino Pio, atendiendo al vivísimo deseo de la población y del gobierno de Atenas, se apresuró a fomentar la prosperidad de los establecimientos de enseñanza eximiendo en cada ciudad grande a diez médicos, cinco gramáticos y cinco sofistas de los dispendiosos cargos honoríficos municipales, y en las ciudades menores a cinco médicos, tres gramáticos y tres sofistas. Además obligó a los municipios a pagar de sus arcas a los sofistas dedicados a la enseñanza de la juventud un sueldo fijo, que corría, según parece, a cargo del fisco cuando los recursos del común no bastaban. En Atenas se creó la primera plaza asalariada de profesor de esta clase, que fue dada al ya citado Loliano, sin perjuicio de las demás enseñanzas; y Marco Aurelio al fin de su reinado creó en Atenas, por medio de ciertas disposiciones, una especie de universidad central del imperio, y además al lado del catedrático oficial del municipio fundó otra plaza asalariada mas liberalmente por el tesoro imperial, y que naturalmente fue mas ambicionada en adelante que la otra. Cuando después en 176 visitó el mismo emperador la noble ciudad de las musas, destinó,

al parecer a excitación de su amigo Herodes, grandes rentas para asalariar con igual cantidad que al profesor imperial de elocuencia, cuatro profesores, uno para cada una de las cuatro escuelas filosóficas, la platónica, la peripatética, la estoica y la epicúrea, nombrando al mismo Herodes curador de esta fundación. Acerca de estos institutos de enseñanza superior de Atenas, semejantes en cierto modo a nuestras facultades universitarias, y sobre el último período y paulatina extinción del mundo griego antiguo, se han publicado en nuestro tiempo estudios especiales e interesantísimos llenos de pormenores preciosos, y aquí mismo tendremos ocasión de volver a este tema cuando tratemos del período de los Constantinos y de los primeros emperadores romanos de Oriente. Por ahora empero nos limitaremos a observar que por efecto de la moda de oír artistas oradores y a consecuencia del establecimiento de catedráticos oficiales de esta enseñanza y de las cuatro escuelas filosóficas, fue creciendo constantemente en Atenas la afluencia de jóvenes de la misma Grecia, del Asia Menor, de Siria, de Egipto, de Africa y de Italia, ansiosos de adquirir y perfeccionarse en la elocuencia profesional; y tanto se extendió la fama de los discípulos de las escuelas de Atenas que con el tiempo apenas hubo país sometido al imperio ó vecino, algo civilizado, donde no se encontrasen algunos que hubieran hecho estudios en aquella ciudad.

Lo que precede explica el motivo que las generaciones posteriores hasta la desaparición del mundo antiguo tuvieron para considerar el período que medió desde Neron hasta Marco Aurelio como el «tiempo de oro» del imperio; porque los hombres que en él disfrutaron de todas las delicias y satisfacciones de aquel tiempo, que cual apacible tarde siguió a la mañana cruda y al medio día ardoroso de la larga existencia del mundo greco-romano antiguo, no podían ver que tras de la tarde estaba la noche, que a paso rápido venía acercándose. Veremos en lo que sigue las tempestades que vinieron de fuera y las conmociones profundas que se declararon en el interior, a las cuales el imperio durante muchos decenios no pudo oponer la resistencia que habría sido necesaria. También veremos que esta debilidad general no fue casual, y que la apacible tarde y la robustez del cuerpo social y político habían sido aparentes y engañosas, ya que en el interior del organismo se habían desarrollado gérmenes morbosos que acabaron con el mundo romano y con todo el mundo antiguo, cuyo puesto ocuparon pueblos nuevos y un nuevo mundo intelectual.

La visible decadencia de la literatura y del arte, que no tardó en manifestarse también en la segunda mitad del siglo II, no fue el síntoma más grave del fin que aguardaba al imperio y al mundo romano y antiguo. Hubo otras causas, de las cuales indicaremos aquí las más principales, que contribuyeron a este resultado.

En primer lugar, hallábase la moralidad general en un estado lastimoso. Sin hacer hincapié especial en la pintura que de los vicios de aquella época nos hacen los satíricos y otros autores coetáneos; dando toda la importancia que se quiera al gran número de caracteres nobilísimos que procedentes de todas las partes del imperio figuraron en la sociedad de entonces, y concediendo toda la influencia posible al hecho de haberse completado las clases dominantes con individuos procedentes de la masa popular y de pueblos menos corrompidos que la capital y las provincias centrales, todavía quedan un gran número de causas inextingibles de inmoralidad que por su índole tendían a propagarse sin cesar, como las sangrientas funciones del circo, las luchas de personas y de fieras, y las ejecuciones en masa con aparato teatral para divertir al público. Verdad es que los emperadores y otras per-

sonas bestialmente feroces desaparecieron gradualmente de la escena, pero no por eso disminuyó un ápice, ni en el centro, ni en Africa, ni en la Galia, la afición á los horribles espectáculos del circo; y las inmoralidades impúdicas habían llegado al último extremo, con mayor ó menor refinamiento, en la capital, en la Italia meridional, en Alejandría, Cartago, Antioquía, Esmirna, Efeso, Corinto, Tesalónica y otras ciudades y grandes centros, siendo comunes á todas las clases, pues que eran motivo constante de mútuas reconvenções. Además de estas costumbres disolutas y crapulosas, era espantable la multitud de otros crímenes aun mas comunes. Los homicidios, asesinatos, envenenamientos, robos y hurtos, el perjurio, las estafas, el despojo, las defraudaciones, etc., se

sucedían con horrible frecuencia, y con la desaparición de la moralidad se aumentó la brutalidad hasta en las luchas y hasta en las polémicas. El contagio de estos males se comunicó á las provincias á medida que se romanizaron. A todo esto se agregó la rudeza que tantos pueblos bárbaros, principalmente los procedentes del Danubio, comunicaron al imperio con su ingreso en él, obligando al gobierno á mantener y aumentar la terrible legislación penal. La filosofía, especialmente la platónica y la estoica, luchó valerosamente, y con notable éxito entre las clases ilustradas, contra tanta barbarie é inmoralidad, pero no penetró en las masas, ni todos los filósofos acompañaban sus palabras con el ejemplo, segun nos revelan las sátiras de sus contemporáneos. La religión



Grupo de Mitra (museo del Vaticano)

El jóven con gorro frigio representa á Mitra, el dios sol; el toro, lo transitorio de todo en la tierra; el perro se cree imágen del Sirio, Canícula ó Perro, astro que servía á los sacerdotes egipcios para determinar el principio y fin del año. La serpiente significa acaso la tierra, que se alimenta de la sangre y vida de sus propios productos.

pagana tampoco pudo contribuir, por su misma índole, al mejoramiento moral. Sin embargo no hay que creer por eso que estuviera en decadencia, antes bien, al contrario de lo que había sucedido en los últimos tiempos de la república y en una gran parte del siglo primero de nuestra era, los cultos antiguos recibieron en el siglo II nueva vida y nuevo esplendor. A este resultado concurrieron diferentes circunstancias, entre ellas la fe viva de las masas y de una grandísima parte de las clases ilustradas, el apoyo de los emperadores, principalmente de Domiciano, y la introducción de nuevos cultos ostentosos de otros países paganos. No faltaban tampoco personas ilustradísimas y piadosas que con sincera fe trabajaban para devolver á la religión antigua greco-romana su pristina pureza y elevar por su medio la moralidad general. Uno de estos varones fué Apolonio de Tiane, el célebre neo-pitagórico y admirador entusiasta de la antigua Grecia. Despues de haber visitado en el siglo I el Oriente hasta sus últimos confines, recorrió en tiempo de Claudio y despues con muchos de sus discípulos el imperio romano, á fin de reformar la moral de las masas espiritualizando el politeísmo

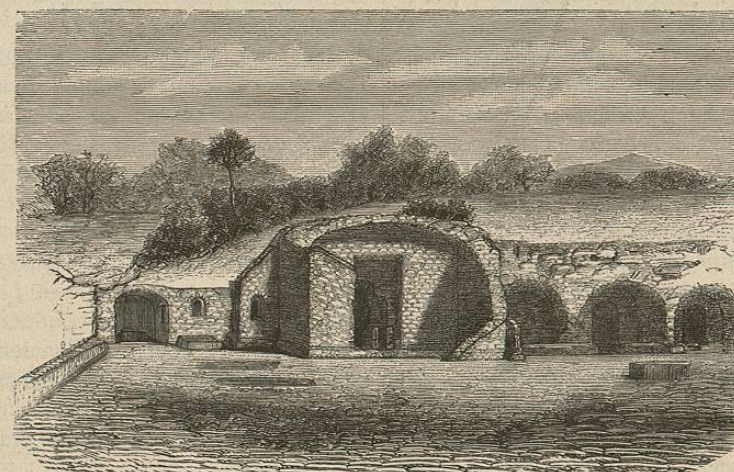
segun su sistema religioso-filosófico, cuya base era la moral mas rígida. El mismo era intachable, y su pureza y saber le daban una influencia grandísima, no solamente sobre las masas sino tambien sobre los sacerdotes, y hasta refrieron de él sus contemporáneos muchos y grandes milagros. Menos místico fué su jóven contemporáneo Plutarco, que consideró de primera necesidad purificar y elevar la moral, y propagó por su parte la concepción platónica de la personalidad, unidad y perfección absoluta de la divinidad.

Es característica en Plutarco la idea de la comunicación de Dios, por medio de espíritus, con los hombres que en fuerza de su purificación interior y de su devoción habían llegado á conquistar su acceso á la divinidad. En las clases mas ilustradas eran entonces raras las personas que sostenían la existencia de muchos dioses, y mas raras las que creían que no había ninguno, si se exceptúan los epicúreos, aferrados á su escuela.

Mientras las personas ilustradas se esforzaban por conciliar la religión antigua con las teorías filosóficas de la época, los emperadores con sus liberalidades sostuvieron el brillo

del antiguo culto, y el pueblo continuó en su fe ciega en los dioses, fe que le recordaban los templos magníficos y los innumerables santuarios con sus cultos y misterios, algunos de los cuales, sobre todo en Grecia, se remontaban á tiempos prehistóricos, sin hablar de los cultos modernos de los emperadores y otros de capricho como el de Antinoo, instituido por Adriano. A los cultos venerados greco-romanos, cuyo origen se perdía en la noche de los tiempos, se agregaron otros no menos respetados, antiguos y misteriosos, porque la religión pagana greco-romana jamás rechazó las divinidades y los cultos paganos importados de otros países. Así en el siglo I y II de nuestra era se divulgaron rápidamente en el imperio romano los cultos de las divinidades egipcias y persas, á pesar de que no podían identificarse con las greco-romanas, ni modificarse para adaptarlas á estas, como los griegos y romanos habían adaptado á las suyas tantas otras divinidades orientales del mundo semítico y hasta las

celtas. Las divinidades egipcias cuyos cultos se extendieron mas en el imperio romano, fueron, en primer lugar, Isis, y luego Anubis, Serapis y Harpocrates. El culto de Isis se introdujo en Roma en tiempo de Sila y fué muy favorecido por Vespasiano y sus sucesores, por lo cual extendióse hasta el extremo Occidente, como divinidad salvadora, y que por lo mismo curaba las enfermedades; de modo que de una manera ó de otra abarcaba todo lo que necesitaba salvación por tierra y por mar. Era, pues, una divinidad universal, y así fué su culto tan misterioso como magnífico, imponiendo por un lado reglas severísimas, penitencias duras y otros deberes, y por otro un servicio exterior brillante, con procesiones pomposas. La parte misteriosa, ascética, los éxtasis, la magia, que hacían ver á los creyentes cosas sobrenaturales; el deseo instintivo de purificarse y elevarse, que llevaba á las almas religiosas á someterse á las penitencias mas crueles para merecer la inmortalidad y la dicha eterna junto á la



Entrada á uno de los mas antiguos cementerios cristianos en Roma, cerca de la puerta Marancia

esencia divina única; todos estos sentimientos, que en épocas anteriores no existían y en el siglo II iban ganando terreno, sin encontrar en las divinidades greco-romanas lo que el alma anhelaba, se podían adaptar á los cultos importados, y especialmente á los egipcios, tan imponentes y misteriosos, mas que á ningún otro. Pero aun se extendió mas, principalmente en el ejército, el culto de Mitra, el dios Sol de los persas, culto misterioso tambien que imponía terribles y lúgubres pruebas pero prometía la salvación y la vida eterna á sus fieles. En el imperio, Mitra fué considerado como dios de los ejércitos, que siendo salvador concedía á estos la victoria. Su culto se introdujo en el Occidente por piratas de Cilicia, en tiempo de Tiberio, y se generalizó en los siglos II y III. Esta divinidad se adaptaba fácilmente á otras, tanto semíticas como greco-romanas, derivadas del antiquísimo y primitivo culto del Sol, y muchos relieves, en su mayoría del siglo III, encontrados en las fronteras europeas del imperio, simbolizan esta divinidad bajo diferentes formas. En el interior estaba desarrollado este culto, principalmente, en Alejandría y Roma. En la capital estaba abierta la caverna de Mitra en el collado capitolino.

Todos estos cultos no perjudicaban á la autoridad ni al brillo de las divinidades nacionales greco-romanas, ni á los augurios y oráculos de sus sacerdotes, antes bien fomentaban la fe en ellos, en los milagros, en los avisos celestes y demás supersticiones, y facilitaban las supercherías religiosas, de que no solamente eran víctimas las masas ignorantes sino hasta las personas ilustradas. Así lo demuestra el caso grotesco del

oráculo de Apolo y de Esculapio en Abonoteico, en Pafagonia, oráculo explotado en tiempo de Antonino y de Marco Aurelio por un tunante llamado Alejandro, que engañó á medio mundo y reunió un gran caudal.



Una galería con sepulcros en las catacumbas

Insignificante era en aquellos tiempos el número de los verdaderos incrédulos, así como el de los que sabían elevarse á los conceptos mas sublimes de la divinidad que la inteligencia humana es capaz de alcanzar. Ejemplo aislado de los primeros es el Voltaire de aquella época, Luciano de Samo-